

Alimentar la esperanza, nutrir la justicia

Me puse a pensar en los recuerdos. Son tantos... Me pregunto qué es lo que realmente viví y qué es lo que me contaron, pero de todo me acuerdo con detalles. Estoy convencida de que todos mis recuerdos me convierten en quien soy.

En mis ojos guardo la imagen de una región que una vez fue muy bella, donde los pobladores eran pacíficos y trabajaban la tierra, que recompensaba con generosidad sus esfuerzos. Una época maravillosa para esa comarca, en la que los dioses, la naturaleza y los hombres vivían en armonía.

Pero de pronto, lejos de allí, en las tierras del norte, sucedió algo inesperado. No entendía lo que estaba viendo... De repente, un intenso ruido salió del interior de la tierra. Todo era miedo, angustia y desesperación. Había fuego por todos lados, la gente gritaba y huía, todo era arrasado por una masa de piedra fundida que venía de las entrañas de la tierra. Nadie sabía qué hacer. Los habitantes del norte perdieron todo lo que tenían, bajo un mar de fuego y cenizas.

Cuando se quedaron sin hogar, se vieron obligados a emprender la marcha hacia un futuro incierto, para conquistar nuevos territorios, aunque eso significara acabar con la paz y la armonía que reinaba en los pueblos vecinos.

La hospitalidad, que era característica del amigable pueblo del sur, fue la clave, para que los recién llegados del norte los dominaran inmediatamente. Con armas y con violencia los doblegaron hasta convertirlos en sus esclavos.

Los del norte pusieron a los del sur a trabajar la tierra para ellos. Cuando llegaba la cosecha, eran los invasores los primeros en entrar y recolectar los frutos, y solo dejaban los restos para que se repartieran entre los trabajadores.

Así pasaron muchos años en esta insoportable humillación. Los debilitaron también haciéndoles pasar hambre.

Tantos años de injusticia no pasaron desapercibidos para los dioses, quienes decidieron acabar con semejante crueldad.

Y entonces, ¿allí entraba yo? Bueno, no todavía...

Sucedió que un majestuoso cóndor blanco bajó de los Andes con el mensaje de los dioses de guiar a los esclavos a la cima de un monte, donde encontrarían una gran cantidad de semillas de una variedad desconocida: un tubérculo que les ayudaría a cambiar el destino de su pueblo. Los hombres debían, en secreto, suplantar la quinoa, que habitualmente echaban en los surcos, por estas nuevas semillas carnosas y redondeadas. Después de cumplir con esta tarea, tenían que esperar la cosecha.

¡Cómo no estar orgullosa de que un puñado de semillas le pudiera devolver la dignidad a un pueblo entero!

Al poco tiempo, hermosas matas de flores moradas aparecieron entre las nieves de los Andes.

Los trabajadores esperaron, porque así lo habían indicado los dioses. Y cuando las plantas se amarillaron, y los frutos, que eran unas bayas redondas del tamaño de un ojo, o de una nariz, o un pulgar, parecieron maduros, los crueles dominadores se abalanzaron codiciosos sobre los campos y se llevaron todo cuanto había sobre la tierra. No dejaron nada para quienes habían hecho el trabajo del cultivo.

Al ver esto, los trabajadores, débiles y temerosos de su suerte, pensaron que morirían de hambre, y empezaron a desconfiar de la promesa de ayuda de los dioses. Pero el destino ya estaba marcado...

Tal vez fue el sorprendente encanto de mis flores, amarillas, azules, rosadas, rojas y púrpuras que no les dejó adivinar cuán venenosos eran mis frutos. Y de tan desprevenidos, no pudieron evitar que unas pocas semillas, unas pequeñas bayas redondas del tamaño de un ojo, o de una nariz, o de un pulgar comenzaran a diezmar a los malvados.

Y debajo de la tierra, esperaba yo a mi pueblo. Advertidos por el cóndor, llegaron durante muchas noches de luna a hundir sus dedos en la tierra para buscarme. Escarbaron, me llevaron y me ocultaron.

Mi presencia, como prueba de la ayuda de los dioses, les permitió confiar y retomar la fe, les dio fuerza a sus espíritus. Con mis nutrientes, hidratos y vitaminas les fui devolviendo la energía a sus cuerpos, para sublevarse ante los abusos a los que eran sometidos. Entonces, los pacíficos estuvieron listos, y esta vez lucharon en

contra de la injusticia, para expulsar a los invasores y para traer nuevamente la paz y la armonía a las montañas.

Muchos años más tarde, otros conquistadores llegaron y me llevaron atravesando océanos a otras tierras lejanas, para seguir cuidando y alimentando a las personas en todo el mundo con la papa, el regalo que los hombres recibieron de los dioses, en los Andes.